

A Luis Enrique Délano le dio un viaje por la noche sobelienta de Montevideo. Con recálculos en sus tabernas vecinas al puerto, envueltas en la niebla del tabaco y el canturreo de un tango. Y poblados con personajes arrancados de *El Atlántico*. La gracia es que Juan Carlos Onetti era nuestro guía, gracias al prodigio de la amistad de Délano.

Un viaje inaugural de LAN nos había llevado a la capital uruguaya. En la sala de estrada del Victoria Plaza, dejamos conversando, alrededor de una taza de té, a Rodrigo Aburto, director del *Diario Ilustrado*, y a Orlando Millas, director de *El Siglo*. Uno conservador, anticomunista, y otro comunista. Todos los periodistas invitados salieron a asentarse la noche, salvo ellos, diferentes en ideología, pero hermanos en hábitos. Y en tolerancia. Délano, que en aquellos años era director de la revista *Vitae*, mostró conocidos en una vieja librería con teléfonos, y luego con la nueva a Lenka Framil y yo, que esperábamos sus resultados: "Onetti nos va pasar a buscar".

Esa noche pude apreciar el encanto de la conversación de Délano, que no era desonante, se iba insinuando después de una pausa. Con gracia, emoción y picardía en sus vivencias. Onetti mantenía silencio, pero quedaba atrapado en la trampa que le tendían las palabras de Lenka y Délano al mencionarse personajes comunes, y aporale lo suyo.

Délano "contador del mar" como lo llamase Gabriela Mistral en uno de sus *Resúmenes*, *Donde de mar, decía ella, hemos tenido muchos, contadores de mar* (porque que ninguno, antes de Augusto D'Halmar, Salvador Reyes y Délano?), fue periodista, poeta y novelista con 21 obras publicadas, crítico en México y Nueva York, embajador en Suiza, frecuente exiliado (González Videla, primera, y más tarde Pinochet, le costaron su inspiración diplomática). Pero nada mejor que sus relatos. El se sentía cuando le alababan su talento en el genio memorialista.

El elogio surtió efecto, porque fue un empujón para empezar a recordar y a escribir memorias sobre distintas etapas de su vida existencia. Comenzó con su etapa de *Aprendiz de escritor*, cuando entre los 17 y los 27 años se esforzaba "para llegar a ser un hombre de letras". Con modesta aclaraba que eso no significaba que en esa década haya dado por terminada su aprendizaje. Son estas páginas —donde asoman Salvador Reyes, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Benjamín Subercaseaux, Alberto Romero, Roberto Mesa Fuentes— las que hoy se publican en Chile, editadas por Pírra y Pírra.

José Miguel Varas, que en años mozos escribió *Gabriel* —que debería ser reeditada—, conoció a Délano en *Vitae*, y más mejor que el para escribir el que llama "Un prólogo innecesario". Pero necesario para un país que lee muy poco y no practica la memoria. Délano murió hace diez años, lo que basta para

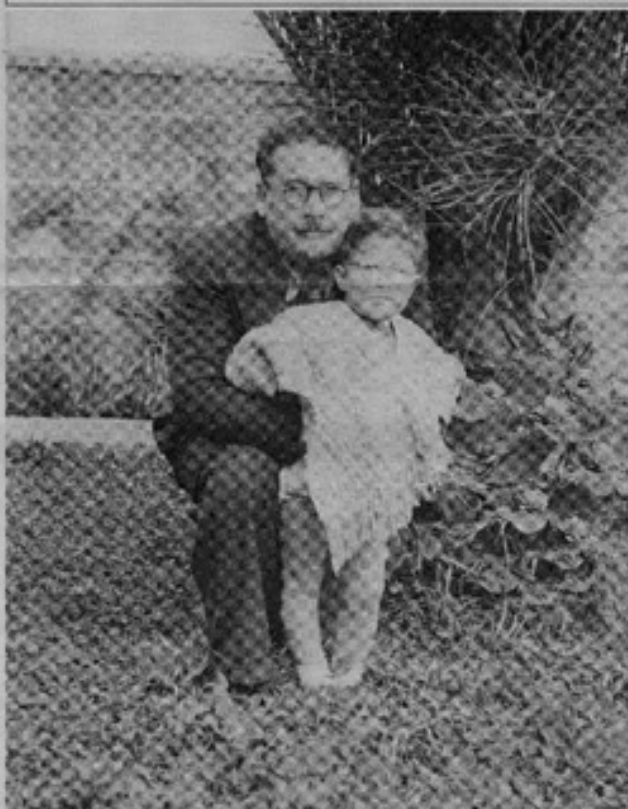
El hombre de las mil anécdotas

Luis Enrique Délano regresa a conversar

21

HERNÁN MILLAS

Quien fuese destacado periodista, ameno novelista, diplomático y casi exiliado profesional, habla de sus años mozos. Cuando por dos pesos 50 se podía conocer a Neruda comiendo en el Jote. Cuando a Huidobro se le olvidaba el castellano. Cuando el mismo Délano le "paraba el carro" a Benjamín Subercaseaux.



A fines de la década del 30, con su hijo Polo, hoy escritor.

que muchos no lo recuerden. Entre a una librería a preguntar por su novela *Lacer en la ruta*, o cualquiera otra y le pondrán cara de interrogación.

Varas, que pertenece a su misma cofradía humana, dice que lo hizo "a pedido de Poli Délano (hijo único de Luis Enrique) y del editor del libro, el

poeta Fernando Quirodrán, como un ejercicio de la memoria y del olvido".

Primera travesura, y que puede ser muy cierta, es lo que dice Varas acerca de estas memorias juveniles: "Me complico imaginar que fueron sometidas a la consideración vigilante de su amigo y compañero Perico.

Así parecen indicarlo, por lo demás, ciertas rastreaduras que presenta, en su parte superior, la carpeta en cuyo interior se encuentran los originales". "La convivencia entre Luis Enrique y Perico durante el exilio mexicano fue cotidiana e intensa", asegura Varas. "Ambos comían juntos, no sin encochamiento de muñecas

y dispersión de grumos y partículas de alimentos por parte de Perico, que de modales no tenía idea".

De este Perico, un loro del que se hizo en México, Varas cuenta que Délano intentó adiestrarlo en el uso del lenguaje, con expresiones breves y patrióticas como "Viva Chile", pero Perico mudo. Por deferencia a su origen mexicano, cada vez que lo instaba a repetir "Viva Chile", Délano agregaba la expresión frecuente en tierras alocas "Andale, licenciado". Perico nada. Y así largo tiempo... Hasta que un día consiguió que por lo menos, Perico se dignase responderle con un "Andale, licenciado".

La anécdota sirve para conocer a Délano íntimo, donde no sólo se cruzó con un Perico, sino también con Walid, Pélle, Purolo Pérez y otros perros históricos de diversas dinastías.

Varas lamenta que ese "trabajador prodigioso" que fue Délano, no hubiese completado sus memorias, cuando sus cuentos y artículos no incluidos en libros llenan al millar. Queda corto, porque el mismo Délano admite que sólo su columna del diario *El Día*, de México, llegó a publicarse durante 475 semanas seguidas. Habría que empezar a buscar en las viejas colecciones de *El Mercurio*, donde escribió entre los años 1929 a 1936. A partir de 1931 sus notas, enviadas desde Madrid, aparecían todas las semanas.

El prólogo entrega facetas personales de Délano, a quien muchas veces visitó en su casabueque, que levantó en un acantilado de Cartagena. Y, al hablar de él, necesariamente debe mencionarse a Lola Polanco, que fue su esposa durante más de 50 años, pareciendo siempre novios.

Pololeo en Chonchi

"Ella era una caminante perpetua y una insatiable excursionista", dice Varas. "El prefería observar y trabajar sin momento de su cabina. En el delirio, Lola invocaba las virtudes higiénicas del paseo pedestre. Luis Enrique replicaba con alusiones burlescas a los *boy-scouts* y a las *girl-guides*. Llegó incluso a recortar de una revista un retrato de Baden Powell, el fundador del movimiento scoutivo mundial, y le pegó a la cabecera de la cama de Lola, quien se mudó sin lodigrida, pero nunca lo retiró de allí".

Ellos se habían conocido en Chonchi, y su hábitat no podía ser más literario.

Lola se lo cuenta a Varas. Su familia había llegado hacia poco de Francia. Menciona a quienes frecuentaban su casa: el pintor Ismael Cabanós, los escritores Tomás Lago, Diego Muñoz, Rubén Azócar (cuya hermana Albertina sería la musa juvenil que le inspiraría a Neruda el "Poma 15" y que después sería esposa del poeta Angel Cruchaga) y el poeta Alberto Rojas Jiménez (que Neruda recordaría en su elegía "Alberto Rojas Jiménez viene volando").

"Cuando se acercaba nuestro primer verano en Chile, mi madre preguntó con inocencia: ¿Y a dónde se puede ir a veranear en este país?, evoca Lola. Rubén

Luis Enrique Délano regresa a conversar [artículo] Hernán Millas.

AUTORÍA

Millas, Hernán, 1921-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luis Enrique Délano regresa a conversar [artículo] Hernán Millas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile